

más representativos de la "nova cançó" catalana. El Monumental estaba lleno hasta los topes de un público por completo sensible y receptivo, que supo entender muy bien el sentido de la interpretación de Montllor.

Ovidi Montllor posee dos de los valores más importantes que dan consistencia a un cantante-autor: es letrista muy bueno—sus canciones, cargadas de intencionalidad, están concebidas como poemas— y un gran "showman". Aquí la palabra "showman" está un poco desprestigiada, y se aplica especialmente a músicos como Sinatra o Raphael; no es este sentido en el que puede servir para definir a Montllor. Este consigue hacer, él sólo y con el acompañamiento siempre correcto del guitarrista Carles Boldori, todo un espectáculo de su actuación, y demuestra tener un completo dominio de la canción como medio de expresión.

Las letras de las canciones son, como ya he dicho, verdaderos poemas; textos delicados y fuertes a un tiempo, en los que Montllor expone la problemática social de nuestro tiempo y de nuestro país, sin caer en el tópico ni en el panfleto. Tiene pocas, muy pocas canciones de corte intimista o lírico, pero éstas—como, por ejemplo, "Homatge a Teresa"—están llenas de delicadeza y sensibilidad.

El público que llenaba el Monumental demostró entender perfectamente el mensaje de Montllor: las peticiones de amnistía y libertad corearon su adaptación musical de un poema de Pere Quart, que es una amarga queja ante el hecho del exilio; asimismo fue acogido con



Ovidi Montllor.

atrazadores aplausos el poema de Salvat-Papasseit—una llamada a la unidad de los hombres en una lucha común por la libertad y la justicia— que cerró la primera y la segunda parte del espectáculo. ■ E. H. I.



Jean Martinon, compositor y director

Si excluimos los grandes nombres de principios de siglo—Debussy, Ravel y, en menor grado, Satie— y algunas estrellas de la música contemporánea—Messiaen, Boulez, Xenakis...—, poco quedará que sepamos en España de la música francesa del siglo XX. Ignoramos casi todo, por no decir todo, de autores como François, Dutilleux, Nigg, Rivier y tantos y tantos otros, muchos de los cuales han contribuido decisivamente a la configuración del panorama actual de la música del país vecino.

Tomando como marco de referencia este general descuido, casi diríamos que uno de los nombres que más pueden sonar entre nosotros es el de Jean Martinon: por eso precisamente resulta chocante la indiferencia casi general con que los medios de información han acogido la noticia de su fallecimiento, acaecido el 28 de febrero.

Martinon había nacido en Lyon en 1910. Como compositor fue alumno de Albert Roussel (otro autor infrecuente en nuestras salas de conciertos); su obra, de cierta amplitud, queda bastante lejos de los descubrimientos vanguardistas y puede adscribirse con bastante exactitud a un expresionismo tardío. Lo cual no significa un demérito para Martinon, que en ello encontró un vehículo para la fácil comunicación de vivencias humanas, a veces muy dolorosas, como las expresadas en "Stalag 9 ou Musique d'exil",

compuesta en un campo de concentración nazi, o en el motete "Absolve Domine", en homenaje a los franceses muertos en la segunda guerra mundial. Ensayó todos los géneros musicales, incluida la ópera, pero sus obras más célebres son sin duda sus cuatro "Sinfonías" (en especial la segunda, titulada "Himno a la vida") y su "Segundo concierto para violín", que, aunque compuesto para Henryk Szeryng, testimonia sus propias cualidades de violinista experto, excelente concertista. Pero



Jean Martinon.

todas estas facetas tal vez queden oscurecidas (y no sólo en España) por sus actividades como director de orquesta que, tanto en conciertos como en disco, le han proclamado el número uno en la interpretación de música francesa, como lo fuera antes su maestro, Charles Munch. Sería interminable mencionar todas las orquestas que ha dirigido: citemos sus cargos de **Generalmusikdirektor** de la ciudad de Düsseldorf, director artístico de la Filarmónica de Israel, titular de la Sinfónica de Burdeos, de la Sinfónica de Chicago—a cuyo frente se mantuvo durante gran parte de la década

de los sesenta—, de la Orquesta Nacional Francesa, la Sinfónica de la ORTF, etcétera. Entre nosotros se le recuerda por sus repetidas actuaciones al frente de la Nacional, y es de señalar la dolorosa coincidencia de que para los días 12, 13 y 14 de marzo estaba programado que volviera a dirigirla en "La condenación de Fausto", de Berlioz. Discográficamente, Deutsche Grammophon editó a fines del año pasado, en gran versión de Szeryng y Kubelik, su "Concierto para violín núm. 2", emparejado con el famoso de Alban Berg; más recientemente aún, EMI nos lo ha presentado en su faceta de director con un álbum que es de esperar sea primicia de su integral Debussy, y promesa de una integral Ravel, que en el extranjero ha constituido, sin duda, la más magistral conmemoración discográfica del centenario del compositor de Ciboure.

■ JOSE RAMON RUBIO.



José Ortega, pintor mudéjar

De pronto nos advirtieron a algunos: "Que llega Pepe Ortega. Tal día abre su exposición en la galería Iolas-Velasco". ¡Pepe Ortega! Así, con esa economía nominativa, llamábamos siempre a José García Ortega—un nombre que no podía admitir ninguna traducción—, el manchego incorregible—imposible que se le pudiera corregir— de Arroba de los Montes. Cuando supe la noticia de su llegada me dio un vuelco el corazón. Ortega ha estado demasiado incrustado en la vida de muchos de nosotros, hasta de nuestros hijos, para que podamos recibir con indiferencia la noticia de su llegada... ¿Y desde dónde llegaría? Porque, sí, ya sabíamos que Ortega tiene residencia en Europa—gran parte de su vida en Italia, temporadas en Alemania, grandes temporadas en Francia...—. Pero..., pero estábamos ▶